

quista que el autor hace desempeñar al matrimonio de Marta y Jorge.

La actuación de Carmen Montejo fue tan perfecta, y lo es en cada una de las representaciones, que hubo personas que salieron del teatro jurando que la actriz se encontraba efectivamente ebria en el tercer acto. Por supuesto que no era así, sino que el talento puede hacer realidad lo inexistente: ésa es la magia del buen teatro y de una buena actuación; es ésa la auténtica labor de un actor: el "vivir" su personaje de tal modo que llegue a ser un solo ente, una unidad. ¡Desgraciadamente pocos lo consiguen!

Y si Carmen Montejo es la mejor actriz de México, también sabe ser una fiel amiga, puesto que volvió a llamar a Alma Martínez para que volviese a deshacer el hermoso personaje de Dulce. Me tiene sin cuidado que los cronistas hayan premiado a esta señorita hace tres años: ya todos sabemos lo que son esos premios. Alma Martínez estuvo mal en aquella ocasión y ahora vuelve a estarlo, quizá aún más, porque su exageración en el tono de voz molesta tanto que el espectador desea que no salga a escena. Error de actriz y único error de la dirección de Rojas. El cuarto personaje lo interpreta un nuevo elemento en el ambiente, puesto que nunca lo había visto antes: Ramón Menéndez, y cumple con su cometido más bien que mal. Se le nota su inexperiencia, su estado de nervios, su querer y casi no poder, pero se le alaba el esfuerzo y el no desentonar.

No debe quedar un solo actor o actriz en México que no vaya a ver a Carmen Montejo, para aprender, para gozar con su actuación, ni un solo aficionado al teatro sin aplaudirla. ¿No se llenaría cualquier teatro si viniese la Magnani o la Casares? La Montejo está a la altura de ellas, de manera que no hay pretexto posible para no asistir.

23 de junio de 1967

NI TAN MALDITOS

Está visto que la gente de teatro es la más susceptible del ambiente artístico, lo que no deja de ser lógico, puesto que el teatro

es una profesión de vanidades. En poco más de un año que tengo de colaborar en *México en la Cultura* como cronista de espectáculos, he perdido algunos amigos y he ganado muchos enemigos. Son riesgos del oficio que seguiré corriendo, porque seguiré diciendo lo que yo considero la verdad, y ésta siempre molesta.

Y ahora me encuentro en una situación algo angustiosa al tener que hablar de la obra que se representa en el Teatro Virginia Fábregas, porque considero a Wilberto Cantón como uno de mis amigos y porque durante los años que tengo de conocerlo no he recibido de él más que atenciones. ¿Cómo decir, entonces sin herirlo, que su obra *Malditos* me parece uno de los peores melodramas que me he llevado a los ojos? Espero, y casi estoy seguro, que Wilberto estará en el fondo de acuerdo conmigo, que está consciente de que *Malditos* es una obra escrita hace más de una década, llena de los trucos más baratos pero más eficaces para conmover o hacer reír a las multitudes, y que sólo la estrenó por dos razones, ambas a cual más poderosa: la primera por amor propio, puesto que su melodrama había sido prohibido por las autoridades durante muchos años en los que el autor tuvo que pasar por diversas humillaciones que le hizo el jefe de la Oficina de Espectáculos, y esto me costa porque yo estuve presente.

Estrenar esa obra era, pues, para Wilberto, una victoria, y por ese lado me alegra que haya triunfado a la postre. La segunda razón es que el autor sabía, estaba convencido, que a más de los trucos de que hablé antes, el melodrama tenía ya forjada una enorme publicidad gratuita que llevaría al público en masa, y esto significa una respetable cantidad diaria como derechos de autor. La segunda razón, como vemos, es también muy poderosa y muy respetable, sobre todo teniendo en cuenta lo que tiene que luchar el escritor en México para ganarse el pan. Si de cuando en cuando puede ganarse un pastel, nadie puede reprochárselo.

Malditos trata de fotografiar a los “rebeldes sin causa”, pero como la obra estuvo bajo candado oficial por tanto tiempo, al salir a la luz se ve amarillenta, pasada de moda como los vestidos de hace diez años. Esos rebeldes que salen a escena han sido ya

superados, y la juventud perdida de hoy es otra cosa, han evolucionado sus métodos de rebeldía. Sin embargo, esto no tendría importancia, porque también Don Juan Tenorio es un rebelde sin causa, y no le pedimos cuando sale a escena que lleve cadena de bicicleta en vez de espada, ni una motocicleta en lugar de una lancha para raptar a la novicia rebelde. Lo que es criticable, y mucho, es la construcción dramática de *Malditos*, el endeble trazo psicológico de los personajes, lo convencional de las escenas y lo obvio del “mensaje”. Y luego los trucos, que no fallan nunca: una madre que sufre, una prostituta buena, buena, que se regenera, un hombre de buena voluntad que pronuncia discursos moralistas a cada momento, una muchachita embarazada que defiende “el derecho de nacer”, pero que no es complacida, un “rebelde” que es muy malo, y otro que es un ángel, dos bobos, un homosexual y, por fin, un *strippoker* en el que se medio desnudan dos mujeres. Todo esto ha llevado, lleva y seguirá llevando gente a las salas de espectáculos, ¿pero es teatro?

No; teatro es, para poner un ejemplo de problemas de la adolescencia, *La noche de los asesinos*. Wilberto Cantón sabe escribir teatro, y lo ha demostrado con *Tan cerca del cielo*, *Escuela de cortesanos* y otras más. *Malditos* es sólo un medio de ganar dinero y de gozar el néctar de la venganza.

Rafael Banquells es un director muy hábil y lo mismo dirige con exquisito gusto *Cuando oscurezca*, fina comedia policiaca, que sabe buscar más trucos para atraer la morbosidad del público, de manera que en esta ocasión se puso al tono de la obra y le dio la dirección exacta, la que necesitaba, o sea un enorme lugar común pero muy efectista. En las actuaciones sólo puede mencionarse a Dina de Marco, que siempre sabe sacar adelante sus papeles con sinceridad, aunque no me explico por qué pierde el acento de Peralvillo a partir de que conoce al profesor. ¿O será que este sabio profesor también era Mr. Higgins? Carlos Navarro, el pobre, lucha a brazo partido contra la falsedad de su personaje, y trata de convencernos, pero es una labor absolutamente inútil. Bien Enrique Becker y José Alonso, y sobre todo, Roberto Guzmán, que sigue siendo un excelente actor cómico. La escenografía adecuada y bien resuelta se debe a David Antón.

Y es todo. ¿Habré perdido a otro amigo? Espero que no, pues me voy a quedar más sólo que Diógenes.

23 de julio de 1967

VIAJE DE UNA LARGA OBRA HACIA LA NOCHE

Sr. Eugene O'Neill
En algún lugar del cielo de Norteamérica
Presente.

Señor de toda mi consideración:

Seguramente usted apenas si escuchó hablar de mí durante su vida, y eso ocurriría cuando le fue otorgado el Premio Nóbel, porque usted debió investigar quiénes fueron los que le habían precedido en ese tan señalado honor que los suecos conceden anualmente, pero sólo sacó en claro que yo había sido un dramaturgo español de finales del xix y principios del xx, y estoy cierto que jamás leyó ninguna de mis obras porque no las consideró interesantes y porque, según creo, no han sido traducidas al idioma del Cisne del Avon. Sin embargo, me atrevo a enviar a usted estas mal pergeñadas líneas porque pude darme cuenta hace unos días, en la ciudad de México, que con el reestreno de una de sus más importantes obras teatrales, usted pertenece ya al pasado inmediato, que es uno de los peores castigos que tenemos que sufrir los artistas y al que ninguno puede escapar.

Todavía hace diez años, en 1957, cuando se estrenó en México su penúltima producción, o sea esta de *Viaje de un largo día hacia la noche*, el público la aclamó hasta el delirio y salió del teatro convencido de que usted era uno de los autores más atrevidos del mundo. (A mí me pasó igual cuando el estreno de mis obras tituladas *Dos fanatismos* y *El gran galeoto*). Pero en estos diez años Tennessee Williams escribió sus obras más atrevidas, y Arthur Miller y otros autores abordaron temas de mayor crudeza y por fin surgió Edward Albee, ante cuyas obras las de